

Rodolfo Gamboa

POBLACION E INMIGRACION EN CHILE

DESDE Malthus hasta nuestros días los economistas de todas las nacionalidades se han preocupado empeñosamente del estudio de la población, de su crecimiento, su repartición y sus necesidades, y de los problemas que todo este conjunto origina, como la producción, el consumo, la distribución y aún la repartición de la riqueza. Parece natural que este estudio sea previo a todo otro propiamente de Economía Política y hasta de Economía Social, porque es el hombre quien produce el fin concreto de la vida económica en la satisfacción de sus necesidades; y el anhelo de justicia distributiva que comprenden las doctrinas, asimismo, intenta dar solución a la esperanza de un bienestar ininterrumpido y colectivo.

Mas este estudio no ha escapado a la influencia predominante de las tendencias económicas con que se ha identificado cada escuela y cada época. Malthus en su tiempo pudo creer que el crecimiento continuo de la población podría llegar a ser superior a la producción de subsistencias y supuso un bien, así, a las calamidades que lo detuvieran y aminoraran. Hoy la ciencia nos releva de esa inquietud malthusiana, tanto como el progreso nos dice que la humanidad posee medios amplios para alimentar a poblaciones mucho mayores que las actuales. Adam Smith formula la teoría de la división del trabajo y proclama—como Carlos Marx—que la naturaleza del valor de los medios económicos radica en la cantidad de trabajo inver-

tido en su producción. La cuantía de la población deja entonces de ser una carga, para transformarse en una ventaja que las produce también para el estado fuertemente constituido para la comparecencia en el intercambio mundial. Con List se presenta esta ventaja abiertamente en el terreno económico y en el político; en aquél, hablándose por primera vez de capacidad productora y de potencialidad económica nacionales; en éste, por razones de supervivencia en el concierto de los países civilizados.

En realidad, antes de List el estudio de la población alcanza sólo una importancia secundaria. Aún cuando para Adam Smith la naturaleza del valor residió en el trabajo, su concepción cosmopolita de la economía y su adhesión invariable al libre cambio le llevaron a negar la existencia de una «Economía Nacional», con necesidades e intereses propios, disímiles y antagónicos de los otros estados y nacionalidades.

No cabe dentro de los límites asignados a este estudio pasar revista a los postulados de las escuelas, que tendría apenas una relativa importancia teórica. Esa recopilación retrospectiva hasta carecería de objeto frente a las conclusiones definitivas de la investigación de la causa y de la naturaleza de la riqueza y del progreso económico de las naciones.

Frente a sus opositores. List establece con claridad el concepto de «economía nacional», diferente de la individual y de la humanitarista. Para él se rige esta última por los principios similares que más tarde proclamó el socialismo en cuanto a la libertad del trabajo, o sea, que en la acción libre de los elementos que juegan en la concurrencia económica no puede existir equidad conmutativa si no hay igualdad y si los factores, por cualesquiera razones, no poseen armas y medios equivalentes. Así como la libertad de trabajo resulta un mito si la demanda de mano de obra no permite al asalariado beneficiarse con el alza de jornales, el descuido del fomento de la economía nacional comprende sancionar el predominio del país más fuerte, con la doble desventaja de hacer posible, con ella, una subyugación moral de sus componentes, más perjudicial aún que la económica. Cree que sólo el progreso y el crecimiento individual de las naciones harán posible una estrecha cooperación, primero, que pueda preceder a un desarme material y moral y a la abolición, entre ellas, de los problemas económicos y políticos. La igualdad habrá de ser previa, por tanto, para lograr esa finalidad ideal.

En armonía con lo que antecede, nuestro autor distingue entre las «fuerzas de producción» y «valor»; aquélla es la ca-

pacidad para producir bienes susceptibles de cambio, éste es la riqueza intrínseca, cuya influencia en el desarrollo de una nacionalidad es nada más que parcial. La riqueza desprovista de capacidad productora está condenada fatalmente a agotarse, mientras que las fuerzas de producción, a la vez que satisfarán el consumo, dejarán un remanente que formará, con el tiempo, un patrimonio estable y de aumento continuo.

Constituyen las fuerzas de producción de un país el conjunto de las condiciones políticas, sociales y económicas, los medios materiales de que dispone, la calidad y cantidad de su población, la proporción activa y pasiva de ésta y de los instrumentos que posea como resultado de esfuerzos físicos y mentales de generaciones anteriores. Al individuo lo inducen a producir la condición social en que haya nacido, el orden, que permite que su actividad sea fructífera; la prosperidad de las artes y de las ciencias, la libertad, la justicia y la moral, condiciones propias y personales en suma, destinadas a actuar en un ambiente favorable y preparado.

Para que las fuerzas productoras del país puedan alcanzar su máximo desarrollo, es preciso que exista armonía y equivalencia entre los factores de la producción: agricultura, industrias y comercio, y entre la cantidad de población dedicada a tareas mentales y materiales. Por cierto, difícilmente se produciría este equilibrio perfecto en la práctica, y por ello List toma posiciones para señalar el papel de cada uno y la relación recíproca. El poder industrial posee una importancia infinitamente superior al agrícola, tanto material como moral, porque la naturaleza respectiva de sus labores exige la contribución de distintos atributos y ejerce influencias también diferentes sobre la economía colectiva y sobre las masas.

En la agricultura de su tiempo List halló la coexistencia de la esclavitud, de la superstición y de la ignorancia, y pudo decir, con razón, que la industria meramente agrícola sólo despierta la parte más pequeña de las capacidades materiales y mentales que constituyen las fuerzas productoras. La industria, al contrario, da empleo útil y remunerativo a todos los medios y a todas las facultades, y crea otros nuevos que la agricultura perdería irremediablemente. Sólo cuando la agricultura se transforma en industria, despojándose del hábito conservador que le ha sido inherente, adquiere una significación más honda para el progreso económico del país, siempre, eso sí, como reflejo del desarrollo industrial y comercial.

Nuestro autor citado analiza la forma en que se ejercita la actividad humana en la producción y llama «unión» a la «di-

visión del trabajo», establecida primero por Adam Smith. Cree que el concepto de «división» es vago e inadecuado para transmitir una idea correcta de lo que con él se quiere significar y, especialmente, de la importancia que debe asignársele en el estudio de la potencialidad productora de las naciones. «División del trabajo» podría ser la dedicación de la misma persona a la manufactura de varios y distintos objetos, que es lo opuesto a «unión» o a la cooperación de muchos individuos para producir un solo artículo. Es causa de productividad esa unión de energías, inteligencias y medios en beneficio de una producción común; y tanto mayor que en el caso individual, en la cooperación y coherencia que se establezcan, dentro de los mismos límites políticos del país, con su conjunto de condiciones iguales, legislación, lengua, costumbres y afinidades de las grandes divisiones de la actividad nacional: agricultura, industria, comercio, medios de transporte y comunicación.

Las fuerzas productoras han menester muchos brazos y muchas mentes para lograr la plenitud de su desarrollo, y un territorio extenso, dotado de recursos naturales abundantes, en donde establecer sus labores. El país que se halla constreñido en la cantidad de su población y en la extensión de su territorio—dice List—, especialmente si existen en él lenguas distintas, sólo podrá poseer una literatura defectuosa e instituciones igualmente deficientes para el avance del arte y de la ciencia. Un estado pequeño nunca podrá llevar a la perfección completa, dentro de su territorio, las diversas fuentes de la producción. En él toda protección se trocará en el establecimiento de meros monopolios privados.

El mercado interno posee una importancia imponderable para la economía nacional, que no admite parangón con la del externo, no obstante la condición más floreciente en que éste se halle. Naturalmente el mercado interno no pasará de una vulgar mediocridad en donde la población y su capacidad adquisitiva no son muy elevados; y no podrá crear un comercio internacional de alguna consideración el que no cuente primero con un consumo interno capaz de dar vida propia a su industria.

Entre los estímulos más poderosos para la producción deben contarse las condiciones políticas y sociales del estado y la relación de armonía entre sus factores de actividad. El individuo debe sentirse respaldado por las instituciones políticas del país, que le aseguren justicia y libertad; contar con la posibilidad de alcanzar a los puestos más altos y más honoríficos como resultado del éxito de sus esfuerzos; hallarse en un me-

dio activo, que no amortigüe su capacidad productora. La industria constituye la base fundamental de la capacidad productora y del progreso político y social; síguete la agricultura como reflejo. El comercio intermediario carece, en el hecho, de nacionalidad. Y, en cuanto a la proporción de población dedicada a trabajos intelectuales con la que se emplea en las labores de la producción, se sabe que el exceso no contrapesado de aquélla está destinado a dar vida a un artificio y confusión de teorías y dogmas capaces de desquiciar los cimientos de la vida social.

Hemos expuesto suscintamente algunos de los conceptos que contiene *El sistema Nacional de Política Económica*, que nos sirven de base para formular nuestras propias observaciones respecto al problema de la población en Chile. Hemos creído necesario transcribirlos por dos razones fundamentales: para apoyarnos en su prestigio, sancionado por la experiencia, y justificar nuestro intento: List es, sin duda alguna, el fundador de la economía nacional y quien ha trazado la orientación de la política económica nacionalista. En segundo lugar, porque el problema de la población es un tema esencialmente nacional, y además, porque sus postulados han sido los que proporcionaron alimento dogmático a nuestra democracia en sus comienzos.

La estadística revela que el crecimiento de la población en Chile no guarda relación con la de los países americanos más importantes. El cuadro siguiente, tomado del texto de *Economía Política* de don Raúl Simón, lo demuestra concluyentemente:

PORCENTAJE ACUMULATIVO DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN EN LOS PRINCIPALES PAÍSES AMERICANOS DURANTE LOS ÚLTIMOS 20 AÑOS:

Países	Períodos	Coefficiente de aumento	Porcentaje acumulativo anual
Argentina.....	1905-1925	1.87	3.165%
Brasil.....	1900-1920	1.77	2.875%
Canadá.....	1901-1921	1.63	2.500%
EE. UU.....	1900-1920	1.32	1.375%
Chile.....	1907-1927	1.23	1.120%
México.....	1890-1920	1.05	0.250%

Se observa:

De los valores anotados como porcentaje acumulativo anual de crecimiento se deduce que, en las actuales condiciones, Chile necesitaría 62 años para duplicar su población y la República Argentina sólo 22 años. La población de México, según los censos respectivos, era de 13.607.259 habitantes en 1900 y de 14.234.799 en 1920. El escaso coeficiente de crecimiento se deriva de la despoblación producida por las guerras civiles que siguieron a la caída de la dictadura de Porfirio Díaz.

Entre los factores internos que se relacionan con el crecimiento de la población debemos contar la natalidad y la mortalidad. Influencian la primera la cantidad de personas en edad y condiciones de contraer matrimonio, el número de éstos, las condiciones económicas de las multitudes y su grado de cultura. Sobre la segunda influyen, entre otras, las condiciones del medio físico y la salubridad. La natalidad tiene un límite perfectamente claro para su aumento, mas no así la mortalidad, que puede rebalsar toda estimación; y la influencia de estos dos factores en el crecimiento de la población puede sintetizarse diciendo que la natalidad, por sí sola, no ha producido en los países cuya estadística demográfica se ha observado un aumento digno de mención si no se ha visto completado por un bajo coeficiente de mortalidad, mientras que éste, aún con la cooperación mezquina de la natalidad, ha acusado porcentajes muy satisfactorios para el total.

El gran aumento de la población se observa en los países receptores de inmigración, tales como la Argentina, Brasil, Canadá y los Estados Unidos, el cual aumento no se ve prácticamente determinado sino cuando el total de la población llega a compensarse y a equilibrarse con los recursos económicos de la nación.

Los Estados Unidos recibieron la gran corriente inmigratoria europea que venía a establecerse espontáneamente a ellos en busca de trabajo y libertad. Hoy constituyen una atracción no superada por país alguno con su alto standard de vida y grandes salarios y por su proximidad a Europa. Sus condiciones, pues, han sido ampliamente favorables para este propósito, como en menor grado están siéndolo las del Canadá que, si bien no las equipara, ofrece, en comparación con los países de la América del Sur, igualdad de lengua y similitud de costumbres para la inmigración anglo-sajona. La Argentina y el Brasil gozan de la enorme ventaja sobre Chile de su proximidad a Europa y de su riqueza natural esencialmente apta para retener y absorber a sus inmigrantes.

La ubicación geográfica de Chile, en el extremo Sur del Continente, es, acaso, la más desventajosa: antes de la apertura del Canal de Panamá el paso del estrecho de Magallanes era la ruta obligada para todas las naves que se dirigían desde Europa a los estados del Norte del Pacífico, y sus puertos como Talcahuano y Valparaíso recibieron el estímulo que ese tráfico originaba. El Canal de Panamá, es cierto, acortó la distancia de nuestra comunicación marítima con los Estados Unidos y Europa, pero restó a nuestros puertos una suma apreciable de su tráfico. En realidad, hoy nos veremos obligados a esfuerzos especiales para retener una relativa posición de hegemonía marítima en el Pacífico Sur.

A estas condiciones físicas que han influenciado el crecimiento de nuestra población con injerto alienígena constantemente renovado, se pueden agregar otras que han contribuido también a la formación de nuestra psicología autóctona. Durante la colonia vivimos absolutamente separados del resto del mundo, y en este país de supina pobreza sólo se cosecharon honores y distinción en la carrera de las armas o en el sacerdocio.

Nuestro desarrollo económico fué el que debía ser prohiado por esas circunstancias adversas, del mismo modo que el político. En el examen de la población no se puede prescindir de pasar revista a sus clases superiores y bien podemos apreciar que la constitución de la nuestra ha sido del todo desventajosa para la economía y la política. La colonia dió vida a un feudo plutocrático que extendió la carencia de comercio e industrias; el predominio agrícola y el régimen de castas establecido por él, en realidad, han sido las rémoras evidentes de nuestro crecimiento, tanto que sólo ahora último hemos contado con la inauguración de un Instituto de Crédito Industrial. No había otro sistema de crédito que el especial para la agricultura y para la propiedad inmueble, viciado hasta la conversión metálica de nuestro sistema monetario. Parecerá redundancia hablar de la política, pero no estará de más decir que la educación pública siguió fatalmente la alternativa de un conjunto social inadaptado a su territorio y a sus necesidades.

La escasez de población no ha sido compensada en Chile, de modo alguno, por su calidad, ni por la preponderancia, que no ha existido, de la parte activa y dedicada a labores productoras. El problema de la población tiene para nosotros, por tanto, la importancia centuplicada de representar el medio único de desenvolver nuestra economía, y el de permitirnos

conservar una posición decorosa en el continente. La Argentina debe servirnos de ejemplo y estímulo.

En el aspecto económico, la población es el todo. La idea de población, para Alberdi, fué sinónimo de trabajo, renta, producción, capital, crédito; en una palabra, todos los factores que contribuyen a dar fuerza y riqueza a las naciones; a necesidad más apremiante de los países jóvenes de la América es la resolución de su problema económico. La escasez de población impide hasta la realización de una política económica definida. El proteccionismo así, debe tomarse más como una fuente de entradas fiscales que como medio de impulsar el desarrollo de la industria interna; la protección puede llegar hasta adquirir el carácter de un monopolio privado.

Los grandes rubros del comercio chileno son la minería y la agricultura. Entre aquella podemos contar la industria salitrera y la del cobre, ambas, en su mayor parte, en posesión de extranjeros. Nos reeditúan, de esto modo, salarios e impuestos, pero no la acumulación de capital que radicaría en el país si su capital de origen fuera nacional. Su naturaleza es tal, además, que no dan vida a otras industrias secundarias, de productos derivados de las materias primas que producen. Sólo el aumento de nuestra población sería capaz de permitir el florecimiento de industrias de productos derivados del cobre; sólo la mayor demanda de frutos de la agricultura comprenderá el empleo equivalente de nuestro abono en el interior, con el aumento consiguiente de nuestro propio tráfico interno, progreso de los medios de movilización, que, a su vez, podrá habilitar a la navegación para beneficiarse con el transporte al extranjero de esos mismos productos.

En la actualidad nuestra población sólo puede satisfacer una parte pequeña de la demanda de las industrias mencionadas; en el hecho le proporcionamos nada más que sus consumos de primera necesidad, porque nuestra industria reducida y no especializada debe ceder el campo a la extranjera similar que compite respaldada por su propio mercado interno.

Apreciamos en todo su valor la importancia financiera para nuestro país de las industrias que hemos citado, y es de esperar que lleguen a tenerla tan grande otras ramas de la actividad minera, como el hierro, pero no es igual su importancia económica. Aparte de que, como dijimos, producen sólo salarios e impuestos, cuya cuantía contribuye con cifras muy altas al sostenimiento del presupuesto fiscal e influencia menguada para las industrias del país; su carácter y su naturaleza son esencialmente dependientes de condiciones ajenas a nosotros.

Las crisis salitreras, cuando no obedezcan a competencia victoriosa de los abonos sintéticos, responderán a disminución de consumo o a trabas proteccionistas con que tropiecen. En nuestras finanzas hemos hecho el progreso considerable de restar gran parte de la cuota con que participaban los derechos de exportación sobre el salitre en el presupuesto fiscal, que sobrepasó al 60%, para limitarla a un máximo de \$ 220 millones. Pero aun cuando las finanzas se ven liberadas de una dependencia tan estrecha, cualquier descalabro salitrero estará destinado a repercutir profundamente en nuestra economía: sea desocupación, sea crisis de consumo para el comercio que lo sirve, sea constreñimiento de la capacidad adquisitiva o tributaria de quienes trabajan en ella.

La industria del cobre representa más o menos lo mismo para nuestros intereses nacionales. Recibe hoy, es verdad, el estímulo de precios muy altos, que aumentan considerablemente su rendimiento tributario y su valor en el fomento de otras fuentes nacionales de producción. Mas ante la ausencia de un mercado interno para sus productos, y de industrias derivadas destinadas a aprovecharlos, a transformarlos y a fabricar artículos que los empleen, su utilidad será esporádica mientras la población no crezca lo bastante para dar vida a esas nuevas industrias y para crear el mercado interno.

Se podrá apreciar fácilmente cuál sería la importancia de las dos grandes industrias que hemos mencionado, si mediante la cuantía de nuestra población se ramificaran en otras tantas que también rindieran su tributo a la economía nacional.

El estímulo que presta la población a la producción agrícola permite a ésta emplear en cultivos productivos los suelos que de otro modo se perderían, y puede citarse, al efecto, que la demanda de los artículos de lechería valoriza enormemente los terrenos dedicados al pastoreo, de tan ínfimo valor en otras circunstancias. La población da seguridad, uniformidad y constancia a los consumos de primeras materias; se extiende la explotación y el empleo de todos los recursos, suben los precios, se abren caminos y vías de comunicación, el hombre vence a la naturaleza, se estrecha el contacto de las comarcas y se produce la emulación que ejerce influencia bienhechora para el progreso material y moral de los productores y de las masas. Adelanta la técnica. La intensidad de la producción exige a las ciencias todo su apoyo; no hay descubrimiento científico que no halle aplicación industrial, y la producción, para que pueda rendir utilidad a sus empresarios, habrá de crear

un gran consumo que, debido a la capacidad limitada del consumo individual, tendrá que abarcar todas las capas sociales y extenderse a todos los países. Existe una definida tendencia cosmopolita en las fuerzas productoras, cuya acción es tanto más rápida cuanto mayor es la densidad de la población. ¿Cómo acoger todos los adelantos de la técnica—que tanto significan en el bienestar colectivo—si están ausentes las industrias y la población?

De proseguir en este examen notaremos que la carencia de población perjudica aún la misma independencia de las instituciones económicas de un estado. El crédito es precario y la asociación de capitales insignificante. El costo de administración de las empresas es económico en relación a la cuantía de su producción, y así también el costo de la administración fiscal es proporcionalmente inferior en relación con la extensión de los servicios y de la población, esto es, el aumento de los gastos no sigue gráficamente la misma curva del crecimiento de las entradas.

Si la importancia de la población en el campo económico es tan grande, no lo es menos en el político. Podremos decir, con un moderno tratadista de derecho público, que tanto como el individuo es ser jurídico, lo es también la sociedad. A ésta la forma un conjunto de organismos, que no es una suma, sino una integración, y la potencialidad del todo depende, naturalmente, de la robustez, armonía y cooperación de las partes.

* * *

Al examen cuantitativo de la población debe seguir la observación de su calidad, de las funciones que ejerce y de la relación que existe entre la pasiva y la activa. Este análisis es de importancia suprema para la economía y para todas las ciencias, pues equivale a efectuar un balance de la política económica y de la experimentación de las innovaciones y de los progresos según el cartabón más cierto e inequívoco para apreciar sus proyecciones y eficiencia: el de sus resultados. La educación pública querrá saber cómo ha reaccionado la juventud frente a nuevos sistemas, qué cantidad de ella ha desviado a las actividades productoras; el sociólogo, si la delincuencia aumenta o disminuye y qué influencia ejercen en este movimiento el parasitismo y la indigencia, y qué cargas representan para el Estado y para la población activa. Habrá de saberse también, con precisión, cómo armonizar las formas distintas de actividad, esto es, si la población propiamente

productora conserva un nivel de equidad con la consumidora, y si existe equidistancia, asimismo, entre las que alimentan al Estado y las que dependen de éste.

El hombre es la realidad palpitante de la vida económica y política.

Hallamos en el texto notable de Manlio Andrea d' Ambrosio la clasificación que puede resumirse como sigue:

POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE PASIVA:

Ociosos Voluntarios	}	<i>Clases superiores</i>		
		Rentistas y pensionados		
Ociosos Involuntarios	}	<i>Clases Inferiores</i>	}	
		Mendigos		Edad
		Vagabundos		Sexo
		Gente de mal vivir		Enfermedad
		Prostitutas		Invalidez
		Holgazanes		
		Que no pueden trabajar por especiales condiciones biológicas		
		Que no pueden trabajar por especiales condiciones sociales		
			Desocupados	
			Detenidos	
			Presos y	
			Asilados	

Carecemos de detalles estadísticos nuestros que nos permitan aplicar al caso de Chile la clasificación que antecede. Pero, seguramente, el cuadro siguiente será altamente ilustrativo:

Estado y año del censo	POBLACIÓN TOTAL		
	Hombres	Mujeres	Ambos sexos
Italia 1901.	16,155,130	16,320,123	32,475,253
Francia 1896.	18,922,651	19,346,360	38,269,011
Suiza 1868.	1,426,450	1,506,884	2,933,334
Bélgica 1901.	3,324,834	3,368,714	6,693,548
Alemania 1895.	25,409,161	26,361,123	51,770,284
Austria 1891.	11,689,129	12,206,284	23,895,413
Inglaterra 1901.	15,728,613	16,799,230	32,527,843

POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA

Estados	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Proporción por 1000 habitantes		
				Hombres	Mujeres	Ambos
Italia.	10,988,462	5,284,064	16,272,064	680	324	501
Francia.	11,851,684	6,291,601	18,162,689	626	332	475
Suiza.	868,933	356,413	1,225,346	609	237	418
Bélgica.	2,316,763	983,386	3,300,149	697	292	493
Alemania.	15,506,482	5,264,393	20,770,875	610	200	401
Austria.	7,354,727	5,748,096	13,102,823	629	471	548
Inglaterra.	10,156,976	4,171,751	14,328,727	646	268	442

Se observará que, tomando en cuenta ambos sexos, la población activa, en un total de siete países, sólo en dos pasa ligeramente por sobre la mitad, y que en un caso llega apenas al 401 por 1000 de habitantes. No es improbable que una gran parte de los problemas sociales hallarían solución con el aumento de la población activa; la trascendencia económica está, también, fuera de toda duda.

Para Chile, estas materias son de importancia capital; para él no puede ocultarse el desastre de una desproporción entre su población activa y la pasiva, la productora y la consumidora que agraven su manifiesta escasez. Estas proporciones son tanto más dignas de notar en un país como el nuestro, que no recibe alimento inmigratorio, activo todo, joven y que, en su más completa mayoría, se dedica a las labores de la producción material.

La inmigración, pues, seleccionada por su valor intrínseco y moral, como por la facilidad con que pueda absorberla nuestra nacionalidad, es uno de los problemas de mayor interés y urgencia para Chile.